

—¿En qué se diferencia "EL PEQUE" de un pastel?  
 —¿En qué?  
 — Pues en que el pastel es dulce, y "EL PEQUE" es muy "salao".

(Remitido por FRANCISCO AHUIR 12 años - VALENCIA)



—¡Brit...! Esta visto que no me puede conhar a nadie. ¡Indiles, imbeciles!... ¡Qué asco!... Ahora mismo debía ordenar que te cogierah de l. torre mas alta del castillo, guatarapo inundado.

El enanillo se estremeció. La idea de que su cuerpo se balanceara en lo alto del castillo no le parecía muy bien. Y le hizo temblar mas de lo que temblaba hasta entonces. Egió idea no era precisamente para entusiasmar a nadie.

Pe... pe... perdón, se... se... señor.

**W** El gigante estaba indignadísimo y paseaba a grandes zancadas el salón de su residencia, atemorizado con su vozarrón ronco y desagradable al desfilado carcelero.

—Sols unos indiles—decía—, unos tontos que os dejáis engañar por el primero que llega.

—Yo...—intentó decir el enanillo.

—¡Silencio!—gritó el gigante exasperado—. Más os valiera saber cumplir con vuestra obligación. ¿Así es que se inugó Lapicerín? ¿Así es que no sabes donde se encuentra ese despreciable muñeco de tibia china?

—No, se-se-señor. En la maz-maz-mo-mo-no-rotta, no habia na-na-nadie.

—¡Brit...! Esta visto que no me puede conhar a nadie. ¡Indiles, imbeciles!... ¡Qué asco!... Ahora mismo debía ordenar que te cogierah de l. torre mas alta del castillo, guatarapo inundado.

**El rapto de Dulcimina**

ANDANZAS DE LAPICERIN  
 CAPITULO VII



Es cuanto pudo arrojarse y cayó de rodillas ante el inmenso corpachón del gigante.

—¿Y no has encontrado ninguna pista? El carcelero bajó la cabeza.

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

No. Los que hablaban, no eran seres invisibles, sino dos cuadros que habia pendientes de las paredes en aquella habitación. Uno de ellos representaba a un

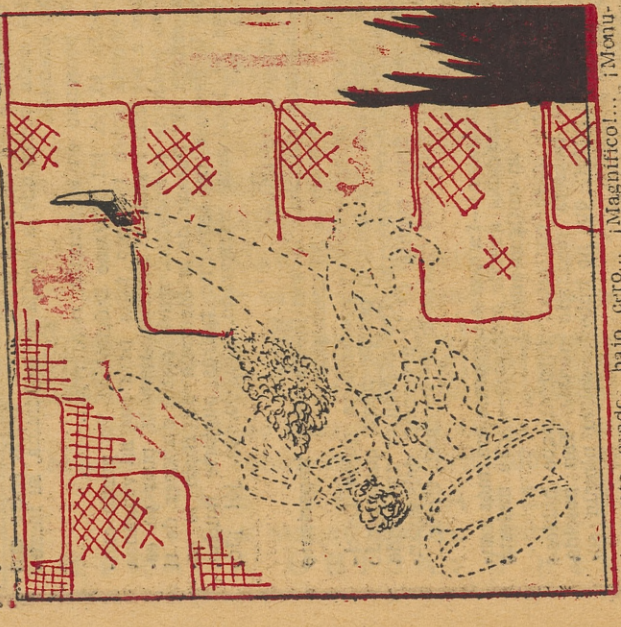


caballero de mediana edad, y en el otro aparecía una bella dama de la Edad Media.

Ambos hablaban a mas y mejor sin notar la presencia de Lapicerín, que por su condición de invisible, pasó

ANDANZAS DE LAPICERIN

disimo, en el Palacio de la Montaña de Hielo, que es el Palacio más adecuado para combatir el calor. ¡Jó, jó, jó, jó, jó! Figúrate que su temperatura es deliciosa... Cien-



to cincuenta grados bajo cero... ¡Magnífico!... ¡Monumental!... ¡Maravilloso! ¡Jó, jó, jó, jó, jó, jó!

Y su risa repercutió en todo el castillo, haciéndole temblar como si se hubiese producido un terremoto.



# Los hombres que vuelan

## Por Luis Motta

(Continuación.)  
 —En sueño me he pasado la noche volando... ¡y me he manchado, como usted ve—le respondió enigmáticamente el aviador.  
 —¿Le ha sucedido a usted algo? ¿Alguna aventura?  
 —Sí, señor; muy curiosa por cierto—pidieron varias voces.  
 —¿Cuéntenos usted, cuéntenos usted—pidieron varias voces.  
 —Pregúntele a Bonnard; él debe saber más que yo, tengo la seguridad—añadió Marchal.  
 —¿Sí? ¡Pues diga usted!—exclamó el presidente del Club, dirigiéndose a Bonnard.  
 Este, sin contestar, se había retirado y estaba junto a su aeroplano.  
 En este momento las campanas de la catedral repicaron alegremente y una nube de golondrinas y palomas se destacó de la torre planeando.  
 Había sonado la hora de salida; en la plaza resonaban los tañidos de los motores; los aviadores se habían colocado en sus puestos y los aparatos aguardaban la señal.  
 Marchal, temblando de esperanza, se disponía a poner en marcha su motor. Hizo girar varias veces la manivela de arranque, pero en vano; entre tanto, había tendido el vuelo el primer aeroplano; después de correr breves instantes sobre el terreno de la plaza; en pos de él se iban elevando los demás, describiendo los ligeros zizás, producidos por las sacudidas del motor.  
 También partió Bonnard, con tanta felicidad, que la fortuna parecía sonreírle en este momento.  
 Marchal se quedó el último. Volvió a probar el motor; ¡todo inútil!  
 El motor parecía inanimado y que la energía que le hizo triunfar en la primera etapa hubiese desaparecido para siempre.  
 Marchal, cada vez más desesperado, buscaba inútilmente la causa que inmovilizaba la máquina. Se le ocurrió examinar el carburador y lanzó una maldición.  
 El orificio de salida del carburador se hallaba obturado.  
 —¡Maldito Bonnard!—rugió violentamente el aviador—¿Eres tú! ¡Sin duda eres tú el autor de esta nueva maldad!  
 —¿Está usted seguro?—preguntó indignado el presidente.  
 —¡Y tan seguro!  
 —¿Tiene usted testigos que puedan certificar su culpabilidad?  
 —Por desgracia, no; ¿cómo quiere usted...?  
 —En ese caso no veo medio...  
 Y el presidente, después de reflexionar, añadió:  
 —Procure usted encontrarlos y castigáremos a ese bribón...  
 —Sí antes no ha muerto alguno de nosotros...—gruñó Marchal.  
 —Piensa usted tomarse la justicia por su mano?—dijo su interlocutor.  
 —No sé lo que haré; pero no respondo de mí—dijo Marchal con voz sombría.  
 —¡Yo le aseguro a usted que vencerá!—terminó el presidente estrechándole la mano.  
 —¡Mil gracias—contestó el aviador—y le devolví el apretón de manos, mientras que en sus ojos aparecía una lágrima de emoción.

### CAPÍTULO IV

Los mecánicos trabajaban en la sustitución de la parte deteriorada del aparato, cuando se puso en marcha el motor y tendió el vuelo.  
 Pero su pesado andar recordaba la torpeza de esas aves demasiado grandes que baten las alas con pesadez antes de tomar impulso, siempre cruel e inconsciente, murmuraba y bromaba a costa del infeliz aviador.  
 El público ignoraba todavía las circunstancias que le habían impedido a Marchal partir al mismo tiempo que los otros aviadores. Y le echaban la culpa de todo al aeronauta, sin más ni más y se preocupaba de entrar en averiguaciones. Pero cuando comenzó a circular la noticia de lo que había pasado, un rugido ensordecedor se elevó en los aires; el pueblo se exalta con excesiva facilidad. Tan pronto eleva a una persona hasta las nubes, como la arroja por los suelos, o la abandona en el más despreciable de los olvidos; esto le ocurrió a Marchal en menos de media hora; tras las bromas vinieron las voces de aliento y las manifestaciones de simpatía.  
 Los que más ansia experimentaron fueron los que apostaron por él; ni en el mismo Longchamps se llevaron las apuestas tan lejos como en Dijon, con motivo del paso de los aviadores por la capital; antes de que terminara la primera etapa los partes telefónicos le eran casi todos favorables a Marchal, francés; pero los otros voladores, tenían sus calurosos partidarios.  
 Por fin, el motor del aeroplano de Marchal alcanzó una velocidad increíble y le imprimió a la máquina una marcha violenta; se elevó, avanzó, y se desplegó magnífica en el espacio.  
 —¡Marchal! ¡Viva Marchal!—gritaba la gente por todas partes, con una explosión de verdadero entusiasmo, y por el aire volaban miles de sombreros y pañuelos.  
 Desde su asiento veía el aviador cómo se agitaba aquel mar de cabezas, aquel hormiguero de hombres, del que subía un extraño rumor, algo así como la activa agitación de una colmena.  
 Marchal, acostumbrado a estos triunfos, no hizo caso de la ovación; lo único que le preocupaba era ganar el tiempo perdido.



# REVOLUTILLONES CHISTES

—Querida, soñé que había encontrado trabajo.  
 —En efecto; tienes un aspecto de cansado que da miedo.  
 —Un señor a un amigo enfermo.  
 —Ahora, que estás fuera de peligro, no tendrás inconveniente en decirle a tu mujer que me devuelva los cien duros que le presté para tu entierro.  
 Enrique Tuset, 10 años, Valencia.  
 Maestra.—Pero, Peque, ¿cómo no aprendes esas primeras letras?  
 Peque.—Porque en cuanto las sepa, me obligará usted a aprender las demás.  
 Leonor Sanjuán, 11 años.—Valencia.  
 En Etiopía; Dos cazadores para matar a un elefante que viene corriendo.  
 El uno.—Hay que tirarle a los ojos.  
 El otro.—No sé; como cada detonación le hace cerrar los párpados...  
 Vicente Palau, 10 años.—Valencia.  
 Una conversación entre Pedro y Juan:  
 Pedro.—Hola, amigo Juan: ¿Por qué no te retratas nunca?  
 Juan.—Porque siempre seco cara de idiota.  
 En la oficina:  
 Pacc.—Antonio, ¿por qué has pasado esta semana de vacaciones tan aburrida?  
 Antonio.—Porque así me parecía más larga.  
 Manuel Reyes, 12 años, Valencia.  
 EN LA EDAD MEDIA  
 Verdugo.—Dentro de poco será usted quemado en la hoguera. ¿Cuál es su última voluntad?  
 El reo.—Que avisen a los bomberos.  
 —El maestro:—Oye, niño: dime una planta útil.  
 —Sí, señor.  
 —El maestro:—¿Cuál es la planta útil del hombre?  
 —La planta de los pies.  
 Azucena Cervantes, 5 años.—Valencia.  
 Los abuelos hablan de sus respectivos nietos:  
 —El mío—dice uno—tiene cuatro meses y ya anda en el suelo.  
 —A esa edad—dice el otro—si mi hijo pudiera haberlo hecho; pero como era más listo que el suyo, prefería ir al brazo.  
 Antonio Lafuente Martí, 12 años.—Valencia.

## Album de honor



Adrover

MIGUEL CASANA.—13 años, Valencia.

## ADIVINANZAS

¿En qué se le parece la «Puja Piñares» a un tigre?  
 En que los dos tienen uñas.  
 Aveilino Pérez, 9 años, Valencia.  
 En medio del cielo estoy; no soy astro, nube, ni Dios.  
 Solución: La «v». Salvadora Irazo.  
 Verde en su nacimiento, marrón en su tiempo y blanco en el cementerio.  
 Solución: El tabaco.  
 Aveilino Pérez, 9 años, Valencia.  
 Una cosa como una nuez; cuanto más le quitas, más grande es.  
 Solución: El hoyo.  
 Capa sobre capa, capilla de un mismo paño, si no te lo digo, no me lo adivinas en todo el año.  
 Solución: La cebolla.  
 Vicente Palau, 12 años, Valencia.  
 Una madretricia con treinta mil hijitos que no tienen manos.  
 Ni piecitos?  
 ¿Quién es?  
 Solución: La granada.  
 Rosita Sendra, 11 años, Valencia.  
 Me llaman santa y no estoy bautizada; traigo conmigo el día, soy gordita y encarnada.  
 Solución: LA SANDIA.  
 María Angeles Valls, 10 años, Valencia.

## ¿QUE LE DIJO?...

¿Qué le dijo un estudiante de Bachiller a un río?  
 ¿Qué le dijo?  
 ¿Qué le dijo?  
 Los dos tenemos curso.  
 ¿Qué le dijo el ciclista al perro?  
 ¿Qué le dijo?  
 ¿Qué le dijo?  
 Apartate que te pisaré.  
 Antofita Montañana, 8 años, Valencia.  
 ¿Qué le dijo el estudiante al mes de junio?  
 ¿Qué le dijo?  
 ¿Qué le dijo?  
 Eres mi perdición.  
 Pillarín Mata, 10 años, Valencia.  
 ¿Qué le dijo el gato al perro?  
 ¿Qué le dijo?  
 ¿Qué le dijo?  
 ¡Miau! ¡Miau!  
 Pepita Mata, 7 años, Valencia.  
 —¿Qué le dijo el sol a la luna?  
 —Me tienes miedo porque cuando yo saigo, tú te ocultas.  
 Juan Irazo, 10 años, Valencia.  
 Antonio Gómez, 14 años, Valencia.



María Cruz Martín López, 11 años, Valencia.

# Viaje a Microlandia

Juanito era un niño muy revoltoso. Sus padres hacían todo cuanto estaba de su parte para corregirlo, pero inútilmente.

Un día, su papá lo llamó y le dijo:

—Juanito, posémosle te quee... mos mucho y por eso hemos dispués lo que te voy a decir: hasta que no te hayas corregido, estás encerrado en un convento de frailes. En el convento, para tu bien, aquella... Nuestra herencia, se encerró de hombres como... diendo.

—¡Tanto se me da!

Su madre, cuando llegó la hora de marcharse, lloró muchísimo y hasta llegó a arrebatare de haber apoyado la idea de su padre.

El coche partió con dirección a la ciudad donde los frailes tenían su residencia. Cuando llegaron a la ciudad bajaron del carruaje frente al convento. Ya en él, nuestro amigo estampó un beso en la mejilla de su padre, y éste se marchó.

Juanito, desde aquel día cambió por completo. No había más que comer, ni en las horas de clase.

Aquello duró mientras en las horas de holgorio no salió al patio del convento a jugar con los demás niños; pero cuando el director dió por concluido el castigo, Juanito, al encontrarse en pleno aire libre brincaba lo mismo que hace un largo canchivito es libertado de la jaula de oro en que estaba encerrado.

Y entonces Juanito volvió a ser el mismo muchachito revoltoso de antes de entrar en el convento.

Un día sus compañeros decidieron hacer una cometa de dimensiones grandísimas y divertirse con ella, remontan-dola.

Tenía cerca de dos metros y el armazón estaba construido en forma de cruz.

Los padres del convento dieron todo un día a los muchachos para que se embrietasen remonitando la cometa. Juanito fue uno de los encargados para sostenerla.

Cuando los niños que habían de remontanarla ordenaron a los que la sostenían que la dejaran libre, Juanito no lo dejó.

Y al remontanarse el juguete se llevó consigo por los aires a sus compañeros comenzaron a tirar del cordel para que descendiera, pero a causa del excesivo viento que hacía, les fue imposible conseguirlo.

Otro accidente vino a acabar de arreglar el asunto. ¡El cordel se rompió de improviso!

Y el juguete, abandonado al viento, se remonó más y más con el favor por parte de

Juanito que es de suponer. En su viaje aéreo, nuestro amigo atravesó los pueblos Pasaba por encima de los muros y de las montañas de las ciudades y de los prados, como las aves en un vuelo que parecía no acabarse nunca.

Juanito no supo nunca cuánto tiempo permaneció en los aires. De lo que sí conservaba plena idea es de su descenso al regresar el papá de la cometa. Con rapidez asombrada, el juguete comenzó a descender y Juanito pensó estar-larse contra el suelo.

Pero no fue así. Cayó encima de un espeso bosque de arbustos, no fué donde él me nor dano.

En cuanto se repuso del susto comenzó a andar y aullar que anduvo mucho tiempo no halló arbol alguno: todo eran arbustos el mayor de los cuales no le llegaba al hombro. Al poco rato, distinguí una casita, como de juguete. Allí estaba tan pequeña creyó que se encontraba muy lejos.

Eató a correr y a los pocos minutos llegó a ella. Se quedó asombrado. El tejado de aquella casa no le llegaba ni aun a las rodillas, y sin embargo no era una casa de juguete ni mucho menos, puesto que en su interior había luz.

—¡Ved por dónde! —pensó nuestro amigo— he venido a parar a un país de enanos. Y la existencia de tan diminutos seres.

Y en un instante recordó las aventuras de Gulliver en el país de los enanos, y las largas discusiones que él sostenía, asegurando que tales seres no existían y que si existían no podían ser sino seres malignos, incapaces de prestar ayuda a cualquiera que la necesitase.

—¡Vaya, vaya! Veamos qué tal son esas infimas personas. Y llamó a la puerta de la casa.

Poco después ésta se abrió. Una persona, vestida a la antigua, más diminuto que un gnomo, apareció en el dintel de la puerta.

El enano se quedó estupefacto al ver a nuestro amigo. Cuando se repuso exclamó:

—¿Qué desas, gigante mal-dito?

—Ya decía yo —pensó nuestro amigo en un instante— que esta gente no era muy buena. Y luego, hablando en alta voz, prosiguió:

—No tengas miedo. No le haré nada. Solo quiero que me des algo con qué comer.

En comparación con la voz de Juanito parecía un trueno y el enano, temiendo aquellas palabras como otras familias empujadas, exclamó:

—¡Re, re, re! ¿Cuánto quieres para comer? Pero, ¡por Dios! no me hagas nada, tengo muchos hijos y sin mí, morirían de hambre.

—No tengas miedo. Pero dame de comer.

El enano entró en el interior de su casa y al poco volvió acompañado de varios portadores, mas menudos que él (sin duda eran sus hijos) y que, conduciendo en sus manos platos con suculentos manjares, pero todos ellos de minúsculas dimensiones.

En pleno aire, libre comió Juanito cuanto le presentaron. —No sé —dijo al concluir— como pagarte lo que por mí has hecho.

—¡Por Dios, no me hagas nada! Tengo hijos, me llamo Boleaux, y soy gobernador. ¡No me mates!

—Bueno —se dijo nuestro amigo— este hombre está loco. Vále más dejarlo e irse.

—Ahí os quedáis —exclamó pontentoso en marcha—, ya que no aceptáis mis gracias, que Dios te haga más feliz de lo que eres. ¡Buena suerte!

—No me hagas nada... No me hagas nada...

—¡Vete al infierno con diez mil de a caballo! —exclamó nuestro héroe, que se tornaba a sentir satisfecho su apetitito, tan revoltoso como antes.

Y anduvo toda la mañana. Ya comenzaba a declinar la tarde, cuando llegó a las puertas de una gran ciudad pequeña.

Saltó las elevadísimas murallas, sin gran trabajo, y basco la calle más ancha para andar por ella y darse a conocer a la gente.

Entró en una cava archi-rra —gigantesca en comparación a las demás —era de un

meño. Estaba muy aturrida (había ya obscurecido) con algunas resacas.

Los vándalos quedaron pasmados al ver aparecer a nuestro amigo.

—El gigante destructor! —exclamaron todos.

Juanito se atoleó, y dando un mal paso derribó los muros de las casas de enfrente. De los vándalos todos salieron un tohí de horror.

—¡Malidito se el! Malidito se el!

Nuestro héroe no quiso andar más, pues tenía una revolución y que su aventura terminase trágicamente, y volvió sobre sus pasos avanzando en medio del campo, no tardando en dormirse. Muy de mañana se despertó, comprendiendo que aún dormían los habitantes de la ciudad, aguardando a entrar en ella para más tarde; pero no tuvo necesidad de ello, pues al poco más de veinte enanos se dirigían a él.

Todos debían ser significados personales, pues iban elegantemente vestidos y se apoyaban en un largo bastón. Uno de ellos llevaba corona y ceño en la mano.

Por ello dedujo Juanito que debía ser el rey de toda aquella gente.

Cuando estuvieron al lado de nuestro amigo, entre los que acompañaban a tan alto personaje reconoció al gobernador.

—Lo miró fijamente, y éste comenzó a gritar:

—No me hagas nada... Vá-ninos a proponerle la paz. Después de no poco discutir quedaron en que los enanos se veían obligados a pagar cierto tributo para alimentar a nuestro héroe a cambio de que no les hiciese nada.

Por varias miradas que dirigía al rey el gobernador Boleaux, sorprendió que querían jugarle una mala pasada.

—¡Ay de vosotros —pensaba— si tan siquiera lo intentáis!

Aquel atardecer le dieron un gran banquete. Bebió demasiado y quedó rendido.

Entonces se acercaron a él muchísimos enanos y comenzaron a clavarse sus lanzas.

—¡Ahí! ¡Me queréis matar! —gritó Juanito en el paroxismo del dolor.

Y quiso levantarse y no pudo, ¡aquella sería su primera y última gran aventura!

Los constructores de las Pirámides comían solamente cebollas, ajos y lentejas.

## CURIOSIDADES

Un caballo a quien se le dé bebida a discreción, puede vivir 25 días sin alimento alguno; 17 días sin beber ni comer y 5 días solamente, si se le da absolutamente de beber.

## Chico precavido

Viajaba en cierto buen padre e hijo y el padre llevaba en la cinta del sombrero los billetes a la vista.

El chico le dijo:

—Tape usted los billetes, padre. ¿Qué necesidad tienen los demás viajeros de saber que vamos en ferrocarril?

## La fuerza y la utilidad

Durante la guerra de Boheimia, a una brigada de artillería prusiana, al atravesar un campo lleno de fango, se le quedó hundido en él un cañón, sin que los caballos pudiesen desatascarlo.

Acudió un artillero muy fuerte, y apoyando un hombro en uno de los radios de la rueda, logró desatascarlo al fin.

—¡Muy bien, compañero! —dijo el príncipe real de Prusia, que presenciaba la operación. Y arrancándose un trozo de la banda que llevaba cruzada sobre el pecho, la entregó al soldado, diciéndole: —Por eso como recuerdo en el pulso de tu espada.

Aquella misma noche recibió el artillero cuarenta medallas de oro.

Algún tiempo después, otro artillero que había oído contar el anterior relato, quiso demostrar como él, que era también muy fuerte, y bas-

biendo ordenado el príncipe que se colocara un cañón en su cureña, el soldado lo levantó en sus brazos y sosteniéndolo sobre sus rodillas hasta que trajeron la cureña.

Acabada esa pesada tarea, el artillero sonrió mirando al príncipe y agitando un brazo recompensado.

El príncipe lo miró compasivamente, y dirigiéndose al capitán dijo:

—Este hombre es tonto. Abses sin necesidad de sus fuerzas. Que haga cuatro días de guardia.

La confesión de un gitano: —¿Cuántos dioses hay? —Pare. Esa es una pregunta mu jonda. —¿En dónde está Dios? —¡Qué sé yo! Parece que se compaña zu meré en presumar lo más difícil. —¿Quién es Jesucristo? —Peto, Pare, ¿No conoce que mé paso la vida por esos mundos de Dios y no conozco a nadie? —Pues entonces, ¿qué es lo que sabes? —La Hranja, ¡la Hranja, nada más!

—¿En fin, día, y si la sabes te absuelvo. —A su meré le toca comenzar, que yo diré ora pro nobis...

A un fresco le entra un insecto en una oreja y va al médico para que se lo saque. —El doctor empieza a registrar la oreja, y entonces el paciente le dice: —No es ésta, sino la otra. —Peto, ¿no entró por aquí el animalito? —Sí, señor, pero a mí todo lo que me entra por un oído me sale por otro.

## HISTORIETA CANIBAL por Rojo

 <p><b>¡AN IBRN UN DIR R PRKS UN BRANQUETE DE EXPLORADOR ASBDO</b></p>	 <p><b>¡AQUI DICE PRNQUE ARENAS DE TENGAR SOLO CUATRO DEDOS. ES MUY LITRO EN ESTAS COSAS</b></p>
 <p><b>PERO AHORA ENCUENTRAN LR DIFULTAD DE NO TENERMEJA...</b></p>	 <p><b>¡COSA QUE PIM CON SU INGENIERO RESUELVE PRONTO, LAVANDO CUATRO FLECHAS ENY...</b></p>
 <p><b>EL ESCUDO Y ASI FORMA UNA MESA MAGNIFICA...</b></p>	 <p><b>EL GORDO TENDRAN DE COMERTE Y COMPANERO QUE LE GUSTARIA UN POCO DE "PAM"</b></p>
 <p><b>Y CONIERON OPIPARAMENTE</b></p>	 <p><b>¡PAM!</b></p>

## UN AVISO

—¿Está su marido de usted? —No, señor, ¿qué se le ofrece? —Dígame usted que lo trasnoche, que pague puntualmente sus compromisos, que eduque bien a sus hijos, que sea hombre de buena moral y sobrio en las comidas. —¡Váyase usted, imprudente! —le dice la tendera irritada. —¿Qué le importa a usted todos esos cuidados? —Señora, no ha yo mas que cumplir lo que dice en ese letrero de su tienda. —Se recibí avisos.

Y se fué tranquilamente.

## OCURRENCIA

—¿Cuál es el teatro más diligente? —El teatro-pello.

Juan Jarque, 11 años, Valencia.

